

En el terreno legislativo, apóyanse también en un fundamento archiliberal, esto es, en el principio de que no existe ninguna ley primitiva, ninguna ley objetiva en general. «Las leyes—dice Krápotkín, en el célebre número de *Plume* de 1.º de Mayo de 1893, número que contiene la concepción principal del anarquismo, expuesta por sus más autorizados representantes—son únicamente invenciones de los hombres, y, por supuesto, de los que monopolizan el poder para esclavizar y despojar de sus derechos á los que constituyen la parte más débil».

En economía política, el socialismo no conoce otra doctrina que la de Adam Smith, á saber, que el trabajo es la única base de toda producción y la medida abstracta, original, de todo valor, así como el principio más extendido de Ricardo, de que entre el interés del trabajo y el del capital no existe únicamente una desigualdad ocasional y debida á la explotación personal, sino una desigualdad natural.

En cuanto á la cuestión de saber cómo se reedificará la nueva sociedad, la resuelve el socialismo absolutamente de acuerdo con el parecer de Rousseau y del liberalismo. En él, nada de organización, porque se privaría de su mayor fuerza, si concediese á grupos especiales la posibilidad de buscar sus propias ventajas contra el exceso de poder del todo. Importancia capital entraña para él que todos los que tienen fines parecidos queden dislocados, aislados y entregados sin defensa á la sociedad. Sólo cuando cada uno viva únicamente para sí en el cuadro del todo, sin otro sostén ni apoyo que la voluntad de la totalidad; sólo cuando se ha hecho imposible todo lazo sólido entre los individuos, puede obrar á sus anchas el Estado socialista, y ponerse al abrigo contra la enérgica resistencia de los descontentos. En lo relativo á la organización interior del Estado futuro, el socialismo es, pues, tanto como el liberalismo, si no más, partidario del individualismo, y enemigo de toda especie de corporación, de gremios ó asociaciones.

7. El socialismo heredero y consumidor del abso-

**lutismo.**—De esto se deduce que, en la cuestión concierne á la forma del Estado y del gobierno, el socialismo no puede dejar de ser enemigo del orden actual. Naturalmente, fiel á su programa, debe ser ejecutor de la unidad universal y ordenador del Estado del porvenir, según la forma radical, y, como ésta, sólo podrá sostenerse por el despotismo. No existe adorador del absolutismo y de la centralización del poder del Estado más convencido que él, y ninguno puede serlo tanto. Sí, en esta materia, superará de mucho á su antecesor, el absolutismo, y á ello se verá obligado. Pues si una sociedad como la socialista se encuentra desprovista de toda consistencia interna, ha de verse obligada á suplir esta falta con una opresión externa más formidable.

El socialismo empezará por llevar la descentralización mucho más lejos que el Estado moderno. Verdad es que éste la ha realizado ya en gran parte: ha preparado el camino al socialismo, haciendo entrar en el derecho político todas las cuestiones económicas, uniendo, como él mismo dice hoy día, la sociedad al Estado, despojando á aquélla de toda acción propia, y privándole de toda actividad que no se realice por él y para él. Si no se hubiese dado este paso, el socialismo sería mucho menos peligroso, pues no pasaría de ser un partido social y económico, que poco tendría que ver, como antes el fisiocratismo, con el Estado y la política. Sin embargo, el socialismo está muy lejos de considerarse satisfecho con este trabajo preparatorio. Su pretensión de nacionalizar el suelo, de hacer del capital y de todo medio de producción la propiedad de la sociedad, y aun de suprimir toda propiedad privada para convertirla en propiedad colectiva, indica la triple vía por la cual la centralización puede ir todavía muy lejos. Finalmente, no puede detenerse aquí, sino que, si es lógico, debe procurar fundir por completo la sociedad económica en el Estado. Por consiguiente, preciso le es transformar en exigencia contraria, la teoría anteriormente expuesta por Luís Blanc y Lassalle, de que el Estado debe prestar auxi-

lio á la sociedad. Según el socialismo, la sociedad es el único poder con derecho á la existencia; sólo ella es juez para decidir si ha de tolerar ó no al Estado como poder público; sólo ella puede determinar en qué medida y para qué fines prestará al Estado su concurso.

Pero cuanto más progresos haga la centralización, más se arraigará el absolutismo. De esta nueva organización social resultará necesariamente una multitud de negocios puramente administrativos. Ahora bien, según la organización del futuro Estado socialista, estos negocios no pueden, como ocurría en la Edad Media, ser tratados por miembros individuales, ni por asociaciones, ya que el fin del socialismo consiste en hacer desaparecer los últimos vestigios de una organización orgánica, impidiendo con ello la libre formación de grupos más pequeños. El poder del Estado será, pues, el único poder que todo lo regirá, sin excepción. Pero cuanto más trabaje en asegurar su independencia, más se ensanchará el círculo de su actividad, y más también deberán ser concebidas las leyes de un modo draconiano y ejecutadas sin piedad. De ello tenemos ya un pequeño ejemplo en las terribles leyes dictadas por la Revolución contra los monopolios de granos y las reservas de provisiones, pero particularmente en la ley sobre el *maximum*. En aquella época, el Estado estaba todavía lejos de considerarse como sinónimo de la sociedad. Además, limitaba su solicitud á los medios de subsistencia de la pequeña Francia. Sin embargo, cuando todo lo hubo monopolizado, tuvo que dictar aquellas violentas prescripciones que llegaron hasta la más odiosa violación del derecho de propiedad y hasta la amenaza de la pena de muerte contra la más pequeña defraudación de harina ó de trigo. Pero ¿qué ocurrirá, si el Estado sustituye á la sociedad, si, desde un solo trono, dirige la vida comercial é industrial del mundo entero, si él es el único que debe procurar cada día trabajo á los obreros y entregarles el pan, los zapatos y el fuego? Evidente es que una máquina tan gigantesca sólo puede ser puesta en movimiento á costa de los mayores esfuerzos, y que

el individuo está constantemente en peligro de ser cogido por ella, al menor movimiento, y aplastado.

Dicho queda con esto que semejante disposición debe conducir también á un aumento de la burocracia, del que apenas tenemos idea. Porque no sólo la provisión de los medios de subsistencia, de producción y de trabajo, así como la dirección de la producción y el reparto de los productos, incumbirán entonces al Estado, sino también todos los negocios comerciales é industriales, hasta en sus menores detalles. Estos negocios ya no serán tratados por los particulares, por medio del dinero, sino por el Estado, y esto por descuento ó sobretasa, según indicaciones redactadas por él en provecho del bien común. Para la venta y para la compra más insignificantes, para un asunto de algunos minutos, necesitará el Estado un empleado encargado de establecer la balanza de ingresos y gastos. Si compro un pan en la tahona, si hago coser un botón por el zapatero, ambos deberemos presentarnos ante la autoridad para que lo anote en nuestra cuenta. <sup>(1)</sup> No hay fantasía que pueda representarse, ni siquiera la del más avisado socialista, el ejército de empleados que será necesario y los disgustos que resultarán de todo esto.

**8. El socialismo es el consumidor del radicalismo, y por lo tanto sin porvenir.**—La naturaleza de las cosas obligará al socialismo, no sólo á aceptar los principios de gobierno del absolutismo y del radicalismo, sino que tendrá que exagerarlos. Pero la humanidad no soportará mucho tiempo semejante situación. Este absolutismo y la falta de consistencia interior son los dos lados flacos del socialismo, los cuales, no obstante los temores muy fundados que despierta la democracia social, engendran en nosotros cierta confianza.

No, el socialismo no fundará un reinado duradero; nos atrevemos á afirmarlo sin ser profetas. Hemos indicado ya los dos motivos principales en que se funda nuestra convicción. El tercer motivo es el parentesco del socialismo

(1) Michaelis, *Ein Blick in die Zukunft*, cap. 4, p. 39 y sig.

con el radicalismo. Tiene los mismos defectos que éste, por lo que tendrá su mismo fin. El mismo socialismo no ha ocultado nunca que se considera como heredero y sucesor de la Revolución. No se cansa de confesar su carácter revolucionario, y de llamar sus modelos á todos los héroes de la Revolución. <sup>(1)</sup> En el Congreso de Halle, Domela-Nieuwenhuis hizo públicamente el elogio de Marat, al que llamó hombre tan noble como desconocido. <sup>(2)</sup> Del mismo modo, Liebknecht renovó la afirmación expresada por Bebel en el Reichstag alemán, el 25 de Mayo de 1871, <sup>(3)</sup> y con frecuencia repetida después, de que el socialismo se consideraba solidario de la Commune de 1871. <sup>(4)</sup>

Estas y otras declaraciones semejantes nos confirman en la convicción de que no debe esperarse, lo mismo del socialismo que del radicalismo, una situación duradera, y cuanto con más aparato teatral las divulguen, más nos convenceremos de ello. Nadie nos hace menos miedo que un fanfarrón, pues justamente hace el terrible, porque conoce su propia flaqueza. Cuando va de serio, no obstante sus bravatas, se deja batir con sus propias armas por una muchacha, y se muestra satisfecho viviendo una vida tranquila de burgués. Que nadie crea por esto que consideramos inofensivo al socialismo. No, no lo despreciamos. Hay en él cosas que deben considerarse muy seriamente. Pero nos consuela su jactancia. Todo fanfarrón es un cobarde que procura echar tierra á los ojos de los hombres para que no descubran su vergonzoso miedo. La jactancia es una niñería. Este radicalismo, que nos recuerda la fábula de la rana que satura nuestra literatura, nuestro arte, nuestra vida social y política, debe convencer, aun al más obstinado, de la exactitud con que se expresa Rhomer, cuando, en su doctrina sobre los partidos, ha explicado el carácter de los radicales, calificándolos de pisaverdes. <sup>(5)</sup>

(1) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, p. 57, 96.—(2) *Id.*, 1890, p. 21.

(3) Blum, *Die Lügen unserer Sozialdemokratie*, 330.

(4) *Congreso de Halle*, p. 165.

(5) Bluncktschli, *Lehre vom modernen Staat*, (5), III, 567 y sig., 587 y siguientes. Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (9), 391 y sig.

Que también ocurre esto en el socialismo, nos lo prueba su infantil entusiasmo y el idealismo no menos infantil que le anima. Un hombre maduro y experimentado no puede ser radical. Sólo en aquella edad envidiable, cuando alimentábamos todavía el agradable pensamiento de que el mundo hacía millares de años que esperaba el momento decisivo en que querríamos ayudarlo á levantarse; sólo en la pesada locura de nuestra mocedad, nos figurábamos no poder demostrar mejor nuestra fuerza y nuestra prudencia, que poniéndonos por montera todas las montañas y el mar encima de ellas. Pero semejante sabiduría ha sido puesta en práctica por muchos jóvenes, aunque de nada les ha servido. Precisamente la antigua revolución fué una verdadera incubadora de entusiasmos y fantasías de chiquillos, que no conocían límites ni medida, que creían, con la mejor buena fe, que podían transformar el mundo, según el ideal formado en un despacho ó en una taberna, que, sin ninguna experiencia, impulsados por la fuerza de la juventud, precipitábanse en el mundo, con tanta arrogancia como el toro joven que por primera vez sale del toril. De aquí que no tardaran en romperse los cuernos, y en matar, con su exageración, las ideas más útiles y saludables. Esto fué una de las principales causas de que el incendio se apagase tan pronto.

Pero ello no es obstáculo alguno para que nuestros socialistas no aprendan nada de la historia y marchen por el mismo camino. Las luchas para la jornada de trabajo normal, que Rodbertus <sup>(1)</sup> y Marx <sup>(2)</sup> suscitaron, recuerdan una prolongada serie de teorías fantásticas con las cuales se creía ya poder mejorar al mundo. Tomás Morus, en su *Utopía*, donde fija la jornada normal de siete horas, cree además que con frecuencia no será necesario emplear todas estas horas; Campanella se contenta con cuatro, en la *Ciudad del Sol*; Harington y Vairasse creen que se necesitan ocho; Helvecio acepta de siete á ocho horas, lo mis-

(1) *Handw. der Staatsw.*, (2), V, 987 y sig.; VI, 449 y sig.

(2) Marx, *Kapital*, (4), I, 226 y sig.

mo que Rousseau; Cabet quiere siete en verano y cinco en invierno; finalmente, Delabaye desciende á dos horas, y hasta el príncipe Krapotkin calculaba que si la mitad de los adultos trabajasen diariamente cinco horas, podrían, en 58 días, procurar á todos los habitantes de un país un bienestar desahogado durante todo un año. <sup>(1)</sup> En una palabra, vese en esto una liza en que la fantasía personal puede dar rienda suelta á sus fueros, y en que los socialistas no resisten al placer de hacer excursiones poco costosas á la tierra de Jauja.

¡Tan infantiles é inofensivas son las utopías optimistas acerca de los éxitos que el socialismo debe alcanzar! La tierra de Jauja y los cuentos de hadas son nada en comparación del esplendor del Estado futuro. El bueno de Bellamy se ha conquistado un número inaudito de lectores con sus descripciones del Estado socialista, las cuales todas terminan así: «Este nuevo mundo socialista es un paraíso de orden, de equidad y de dicha.» <sup>(2)</sup> «El largo, el triste invierno de nuestra generación, ha pasado ya; el verano ha llegado; la humanidad ha roto su capullo, y el cielo aparece á nuestros ojos.» <sup>(3)</sup> Un comentario sin importancia de la Encíclica *Rerum Novarum*, probablemente redactado por Liebknecht, acaba con estas palabras: «La democracia social no puede hacer de la tierra un paraíso con la paciencia, sino con una lucha jovial.» <sup>(4)</sup> ¡El paraíso en la tierra! Y para poseerlo, sólo se necesita que la sociedad se decida á reemplazar el Evangelio por *El Capital* de Marx. ¿Hay que tomar estas cosas en serio ó en broma? Si no pensase uno que estas descripciones, en estilo de sultán ó de pachá de las *Mil y una noches*, están destinadas á fanatizar á la muchedumbre de creyentes, y á provocar una guerra de exterminio, preciso sería dejar de tomar en serio á estas gentes que recrean á sus lectores con simplezas infan-

(1) *Revue des Revues*, VIII, 269 y sig. Cf. Pesch, *Liberalismus*, etc., III, 86.

(2) Bellamy, *Rückblick*, Cap. 22, (Gizycki, 183).

(3) Bellamy, *Rückblick*, Cap. 26, p. 237.

(4) *Vorwärts*, 3 de Junio de 1891

tiles. Ciertamente, los mismos jefes del socialismo se ríen de lo que preconizan, pues son menos cándidos que el buen padre Infantin. Pero no pueden tomar á mal que nosotros, al ver sus muchedumbres y sus manejos guerreros, pensemos en la cruzada de los niños.

**9. Gravedad del próximo porvenir.**—Sin embargo, con esto no queremos negar la seriedad de la situación. Podemos pensar que serán muy despreciables los frutos duraderos y positivos del socialismo, pero los efectos negativos serán verdaderamente terribles. Según toda previsión, el imperio del socialismo ó de sus legítimos sucesores será muy corto; pero la tempestad que desencadenará su transitorio triunfo sólo será comparable á los destructores efectos de un terremoto ó de un ciclón.

Sí, no debemos extrañarnos de que se horrorice el mundo de los frutos que brotan de la semilla de dragones. También se estremece nuestro corazón, cuando vemos la arrogancia y el orgullo con que el espíritu, saturado de las ideas modernas, lucha para conseguir su fin. <sup>(1)</sup> ¿Quién no temerá al ver un partido que asegura abiertamente que se ve en la necesidad de crear una organización secreta revolucionaria, <sup>(2)</sup> por cuanto no es posible una solución pacífica de la cuestión social, un partido que elogia la muerte y el incendio como medios de propaganda, <sup>(3)</sup> un partido que considera la autoridad de los amos y el poder del Estado como un desafío al rencor de los esclavos y á la cólera de los pueblos, <sup>(4)</sup> un partido que repite con orgullo las palabras de K. Henkell:

«Somos los bárbaros modernos, somos los vándalos modernos; cambiamos el orden y las costumbres, la ley y la justicia; allí donde llegamos, rugen las olas de un mundo que se hunde.» <sup>(5)</sup>

(1) Klein, *Der Sozialdemokrat hat das Wort*, 1 y sig., 9 y sig. Blum, *Die Lügen unserer Sozialdemokratie*, 321 y sig.

(2) Laveleye, *Le socialisme contemporain*, (5), 277.

(3) Winterer, *Le socialisme international de 1885 á 1890*, p. 158.

(4) *Pessimistenbrevier*, 173.

(5) Duboc, *Hundert Jahre Zeitgeist*, II, 161.

¿Quién no lanzará una mirada ansiosa al porvenir, cuando lea este manifiesto: «Gracias por esta civilización cristiano-germánica ó rusa; sólo pensamos en una cosa, en extirpar completamente todo lo que con ella esté conforme»? <sup>(1)</sup> ¿Quién podría permanecer indiferente ante esta amenaza: «El derrumbamiento es inevitable. ¿Será violento? Esto depende de la perspicacia de los que poseen y de sus hombres de negocios. Pueden ellos hacer que la evolución sea pacífica; pero también pueden amargarla, envenenarla, y con ello, conducir á una catástrofe que produzca hecatombes humanas. Que escojan, pues; por lo menos tendrán la suerte de que han sido advertidos»? <sup>(2)</sup> Quién no se horrorizará al leer principios como los contenidos en estos versos de Neruda:

«Como leones cautivos, nos lanzamos sobre las barras de hierro de nuestra caja. Quisiéramos lanzarnos hasta el cielo, y la tierra nos retiene en prisión.

»¡Perdon, oh madre; eres demasiado estrecha para nosotros, oh tierra! Á despecho de los obstáculos y frenos, henos aquí. Ya el relámpago nos sirve de mensajero, y el vapor presta alas á nuestros pies.

»¡Henos aquí! Ya se rebela nuestro espíritu. El deseo febril que siente de saberlo todo, el impulso indomable que le anima, casi nos amenaza con hacer estallar nuestro pecho.

»¡Henos aquí, henos aquí! Ya se rompen las cadenas que nos sujetan; leones del espíritu, ya rompemos la caja; sí, la haremos saltar en astillas». <sup>(3)</sup>

¿Se acercan los días en que Satán, escapado de su antro, vendrá á seducir á los pueblos de las cuatro extremidades del mundo, y juntar á Gog y á Magog para el gran combate? <sup>(4)</sup> Esto es lo que ignoramos. Pero lo que debemos confesar es que, en esta situación, nuestra única es-

(1) *Vorwärts*, 17 de Junio de 1891.

(2) *Vorwärts*, 12 de Junio de 1891.

(3) Scherr, *Bildersaal der Weltliteratur*, III, 296 y sig.

(4) Apocal., XX, 7.

peranza descansa en Aquel que conducirá á los suyos á la victoria en medio de la última tempestad. En todo caso, en el momento actual, se aplican perfectamente al mundo las siguientes palabras: «El que daña, dañe aún, y el que está en suciedades ensúciese aún; y el que es justo, sea aún justificado; y el que es santo, sea aún santificado». <sup>(1)</sup>

*Observación.*—Se nos dirá que no hacemos suficiente caso de los demócratas socialistas, y que juzgamos con demasiado optimismo la situación. El aumento increíble de los votos socialistas en las elecciones es, en efecto, una seria exhortación para que expongamos nuestra opinión. Sin embargo, nada tenemos que modificar en ella. El aumento de votos sólo prueba que los fundamentos religiosos y morales, y los vínculos de derecho de la sociedad, se aflojan cada día más, y que la confianza de las masas en la consistencia del orden público, y el interés en mantenerlo, desaparecen de día en día. De seguro que votan cien mil demócratas, no por convicción, sino por el gran descontento, y por el placer de hacer daño, únicamente guiados por el pensamiento de jugar una mala pasada á la cultura moderna. Seamos, pues, también justos con los demócratas socialistas. No es posible negar que las clases trabajadoras tienen motivos para quejarse de su situación y para desear su mejoramiento, por más que deben también aprender á moderarse en sus pretensiones y esperanzas, por motivos políticos, sociales, morales y religiosos. Pero no solamente deben moderarse ellas, y no sólo se les debe predicar á ellas esta moderación, sino también á las clases elevadas y á las personas que les dan mal ejemplo con sus faltas. Las situaciones políticas y sociales les imponen proporcionalmente mayores cargas y les conceden menores derechos, y esto debe excitarlas. Peor influencia ejerce sobre ellas todavía la corrupción de la moralidad pública, el lujo, la sensualidad, la disolución, el derroche, y la frivolidad de las clases ricas, así como la facilidad ilimitada pa-

(1) Apocal., XXII, 11.